

§ 196

Invisibilidad de la vida divina

(Certeza e incertidumbre sobre el estado de justificación)

1. Hasta aquí hemos intentado distinguir y dividir el contenido de la vida divina. Vamos a estudiar ahora algunas de sus *propiedades*, entre las que se cuentan su invisibilidad (ocultamiento), su desigualdad, su capacidad de crecimiento y la posibilidad de perderla.

Respecto a su *invisibilidad* hay que decir que no puede ser percibida ni con los ojos del cuerpo ni con los del espíritu; no podemos tocarla ni palparla.

Queda así un espacio para la inseguridad e incertidumbre. Sólo estamos ciertos de las cosas que percibimos por los sentidos o podemos ver de algún modo. Se podría pensar que Dios nos da testimonio de su presencia mediante una revelación especial, pero eso no ocurre ordinariamente.

2. Los *Reformadores* creyeron que el justo podía y debía superar toda inseguridad confiando en Cristo. Según Lutero, el hombre capta a Cristo mediante la fe fiducial, de forma que Cristo le oculta sus pecados y el Padre le ve como justificado. Como el hombre alcanza la justificación mediante la fe fiducial, está seguro de ella confiando en Cristo. Sin confianza y sin la certeza basada en la confianza, el hombre no es justificado. Y viceversa: en esta confianza logra el hombre plena certeza de su justificación. Según Calvino, la fe fiducial es signo de la justificación.

I. Doctrina de la Iglesia

3. Frente a la doctrina de los Reformadores definió el Concilio de Trento (dogma de fe): "Sin una especial revelación no es posible ni necesario a nadie tener una plena certeza, con exclusión de todo error, de estar en estado de gracia." Sesión 6.^a, cap. 9.

En este mismo capítulo se nos dice: "Pero aun cuando sea necesario creer que los pecados no se remiten ni fueron jamás re-

mitidos sino gratuitamente por la misericordia divina a causa de Cristo; no debe, sin embargo, decirse que se remiten o han sido remitidos los pecados a nadie que se jacte de la confianza y certeza de la remisión de sus pecados y que en ella sola descansa, como quiera que esa confianza vana y alejada de toda piedad. puede darse entre los herejes y cismáticos; es más, en nuestro tiempo se da y se predica con grande ahinco en contra de la Iglesia católica. Mas tampoco debe afirmarse aquello de que es necesario que quienes están verdaderamente justificados establezcan en sí mismos sin duda alguna que están justificados, y que nadie es absuelto de sus pecados y justificado, sino el que cree con certeza que está absuelto y justificado, y que por esta sola fe se realiza la absolución y justificación, como si el que esto no cree dudara de las promesas de Dios y de la eficacia de la muerte y resurrección de Cristo. Pues como ningún hombre piadoso puede dudar de la misericordia de Dios, del merecimiento de Cristo y de la virtud y eficacia de los sacramentos, así cualquiera, al mirarse a sí mismo y a su propia flaqueza e indisposición, puede temblar y temer por su gracia, como quiera que nadie puede saber con certeza de fe, en la que no puede haber error, que ha conseguido la gracia de Dios" (D. 802). Y el canon 13: "Si alguno dijere que para conseguir el perdón de los pecados es necesario a todo hombre que crea ciertamente y sin vacilación alguna de su propia flaqueza e indisposición que los pecados le son perdonados, sea anatema" (D. 823). Y el canon 14: "Si alguno dijere que el hombre es absuelto de sus pecados y justificado, o que nadie está verdaderamente justificado sino el que cree que está justificado, y que por esta sola fe se realiza la absolución y justificación, sea anatema" (D. 824). Y el canon 15: "Si alguno dijere que el hombre renacido y justificado está obligado a creer de fe que está ciertamente en el número de los predestinados, sea anatema" (D. 825).

Lo que el Concilio de Trento condena es la tesis de que alcanzamos la justificación mediante la mera fe fiducial (Lutero), la doctrina de que el hombre debe creer en su propia justificación como en un misterio revelado de la salvación y que sin esa fe no puede alcanzar la justificación, y de que en ella tiene una certeza de su propia justificación que excluye todo error.

Tal revelación fué hecha, por ejemplo, a María (*Lc.* 1, 28), al paralítico (*Lc.* 5, 20), a la pecadora (*Lc.* 7, 47-48), a María, hermana de Marta (*Lc.* 10, 42), al buen ladrón (*Lc.* 23, 43) y a los Apóstoles (*Io.* 13, 10); todos ellos tenían obligación de creer en su

justificación; la negación o duda de ella hubiera sido una duda de la revelación de Dios. Cuando se habla de esta obligación, se hace para aclarar el error de los Reformadores. A quienes se hace tal revelación no se les impone como una obligación, sino que se les concede como una gracia; la reciben como alegría y paz; nada hay en ella que se parezca a una obligación.

No puede decirse por eso que a todos los hombres se les haga esa revelación y se les diga: quien cree y se hace bautizar, se salvará. En estas y semejantes expresiones se incluyen las condiciones de la salvación, pero no dicen si el hombre concreto las cumple como deben ser cumplidas o no.

Del mismo modo que no existe una certeza del estado de justificación parecida a lo que poseemos de las verdades reveladas cuando las creemos, tampoco podemos tener de ese estado un *saber evidente*, como lo tenemos de los primeros principios metafísicos o de los axiomas matemáticos; tampoco podemos tener la certeza que tenemos de las cosas que percibimos por medio de los sentidos. El modo de certeza es apropiado al objeto correspondiente. La certeza que tenemos de los primeros principios del pensamiento se llama *metafísica*, y la que tenemos de los procesos naturales y de sus leyes se llama *certeza física*; no podemos tener certeza metafísica de las leyes naturales ni certeza física de los primeros principios lógicos.

A esos dos modos de certeza hay que añadir la *moral*, que se funda en la confianza y fidelidad del hombre; es necesaria y suficiente para la convivencia humana. Consiste en contar con la confianza y fidelidad de los hombres, en confiar en su conducta moral. Esta certeza puede adquirir tal grado de intensidad—en la amistad y en el amor, por ejemplo—, que no se puede dudar razonablemente de los hombres. También en esos casos sería posible, absolutamente hablando, una desilusión; el mejor amigo puede engañarnos; pero con eso no se cuenta cuando se tiene una verdadera amistad.

Cuando el Concilio de Trento condena la teoría de la certeza que excluye todo error, tampoco se refiere a la llamada certeza moral. La tesis de que hay una certeza moral del estado de justificación es compatible con la doctrina del Concilio. La certeza moral puede tener distintos grados.

4. Sería un error creer que el Concilio de Trento subraya y destaca sobre todo la incertidumbre de la salvación; no hizo más

que condenar el modo de certeza que los Reformadores defendían. Debido a la actitud polémica no tuvo ocasión de definir exactamente los límites de la incertidumbre; pero al condenar el error confiesa indirectamente que existe otro modo de certeza de la salvación, distinta de la de los Reformadores; no fué su intención poner límites a la confianza en la misericordia de Dios, sino condenar a los que se "ufanaban" de estar ciertos de su salvación.

El Concilio acepta así la postura que los Reformadores expresan con gran apasionamiento, aunque falsamente, de que la salvación debe agradecerse a la gracia de Dios y no a las fuerzas humanas y de que su fin es la gloria de Dios y no la vanagloria del hombre. La salvación es la gloria de Dios, que se regala y da la gracia libremente; el hombre puede poner en El su confianza total; no honraría mucho a Dios si le limitara la confianza. Al confiar en Dios consigue el hombre la certeza de pertenecer a El, y tanto más cuanto mayor sea su confianza, lo mismo que la certeza de la amistad humana se aumenta a la par que la confianza puesta en ella. Esta confianza es una autoentrega del hombre a Dios, nacida del ámbito más íntimo de la mismidad humana y hecho con todas las fuerzas; cuanto más incondicional sea esa entrega, con tanta mayor certeza sabrá el hombre que no hay ninguna contradicción entre él y Dios. Cuando el hombre se entrega a Dios confiadamente, supera su cerrazón ante Dios y abre la puerta para que Dios entre en él. Esta reflexión adquiere su sentido más profundo y su última justificación, si recordamos que esa entrega confiada a Dios es una acción de Dios mismo. La confianza humana se convierte así en estructura fundamental de la certeza humana de la gracia. No es, por tanto, ni certeza de fe, ni certeza filosófica (metafísica); la certeza aquí aludida radica en el ámbito de lo existencial y personal, no en el terreno de la metafísica o de la teología abstracta.

II. Testimonio de la Escritura.

5. Al hacer las definiciones dichas, el Concilio de Trento se atiene a la Escritura y a los Santos Padres. La Escritura y los Santos Padres hablan tanto de la incertidumbre como de la certeza de la salvación.

a) San Pablo, que fué arrebatado al tercer cielo (*II Cor.* 12, 1-5), escribe a los Corintios: "Cuanto a mí, muy poco se me da

ser juzgado por vosotros o de cualquier tribunal humano, que ni aún a mí mismo me juzgo. Cierto que de nada me arguye la conciencia, mas no por eso me creo justificado; quien me juzga es el Señor. Tampoco, pues, juzguéis vosotros antes de tiempo, mientras no venga el Señor, que iluminará los escondrijos de las tinieblas y hará manifiestos los propósitos de los corazones, y entonces cada uno tendrá la alabanza de Dios" (*I Cor.* 4, 3-5). Poco después escribe: "Y yo corro no como a la aventura; así lucho, no como quien azota al aire, sino que castigo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que, habiendo sido heraldo para los otros, resulte yo descalificado" (*I Cor.* 9, 26-27). Y a los Filipenses, por cuya fe da gracias a Dios, como siempre que piensa en ellos (1, 3), les dice: "Así, pues, amados míos, como siempre habéis obedecido, no sólo cuando estaba presente, sino mucho más ahora que estoy ausente, con temor y temblor trabajad por vuestra salud" (*Phil.* 2, 12); es decir, con gran cuidado, sin desmedida confianza en sí mismo, temiendo siempre no hacer demasiado para ello (cfr. *Eph.* 6,5).

b) A la vez, la Escritura habla con tal seguridad y evidencia de la salvación de todos los hombres, que no hay lugar a la angustia o intranquilidad. Según el testimonio de los Evangelios, todo el que se convierta y se bautice será salvo (*Mc.* 1, 15; 16, 16). Las palabras están dichas de manera que cada cual pueda aceptarlas y aplicarlas a sí, sin largas reflexiones filosóficas, ni divisiones sutiles, ni exámenes angustiosos de sí mismo. En el Sermón de la Montaña se dice claramente: quien haga esto y aquello entrará en el reino de los cielos (*Mt.* 5, 1-12). Justamente San Pablo—principal testimonio de la incertidumbre de la salvación—está lleno de confianza. En uno de los puntos culminantes del testimonio neotestamentario sobre Cristo irrumpe de pronto triunfalmente: "Porque estoy persuadido que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo venidero, ni las virtudes, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura, podrá arrancarnos al amor de Dios en Cristo Jesús, nuestro Señor" (*Rom.* 8, 28-29). Todas sus epístolas rebosan de agradecimiento y alegría de la salvación que Cristo nos ha alcanzado.

c) Las palabras *alegría* y *paz* llenan todo el Nuevo Testamento. Ya en el Antiguo Testamento resuena la *alegría* en magníficos acordes (véase, por ejemplo, *Eclo.* 30, 22-25; *Ecl.* 9, 7). El justo tiene alegría en Dios, por ejemplo (*Est.* 14, 18; *Ps.* 100, 2-5; 31,

8; 32, 4; 40, 17; 68, 4; 92, 5). La alegría en el Señor es para él un castillo fortificado (*Neh.* 8, 10). Se alegra de la ley del Señor (*Ps.* 1, 2; 119, 62-124), en el templo de Dios (*Ps.* 84, 3; 122, 1; 81, 2-4), en las obras de Dios (*Ps.* 149, 1-4; 8, 18; 104; 96, 11-13).

La alegría perfecta y plena nace de la comunidad con Cristo; es el legado que Cristo da a sus discípulos cuando se aparta de ellos: "Esto os lo digo para que yo me goce en vosotros y vuestro gozo sea cumplido" (*Io.* 15, 11). Cristo pide al Padre la alegría de los suyos: "Pero ahora yo vengo a ti, y hablo estas cosas en el mundo para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos" (*Io.* 17, 13). Esta alegría está en todos los que han recibido el Espíritu Santo (*Gál.* 5, 22; *Rom.* 14, 17; 15, 13). El reino de Dios es reino de la alegría (*Rom.* 14, 17). En la segunda epístola a los Corintios, San Pablo se llama a sí mismo el fomentador de su alegría, el que ha cooperado con Dios—que concede la verdadera alegría—para aumentar la alegría que los Corintios tienen en Dios y en Cristo (*II Cor.* 1, 24). A los Colosenses les amonesta a que den gracias a Dios con alegría, por habernos hecho capaces de participar en la herencia de los Santos (*Col.* 1, 12). San Juan escribe: "Y esta comunión nuestra es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que sea completo vuestro gozo" (*I Io.* 1, 3).

La alegría *no cesa en los trabajos y tribulaciones*; se levanta como un poder vencedor e indestructible desde las tinieblas y amargura de la vida. Los cristianos deben alegrarse justamente en las pruebas y dolores, porque son un signo de la comunidad con Cristo y una señal de la gloria futura (*Io.* 16, 20-22; *Mt.* 5, 11; *Rom.* 12, 12). Y así los Apóstoles "se fueron contentos de la presencia del consejo, porque habían sido dignos de padecer ultrajes por el nombre de Jesús" (*Act.* 5, 41). San Pablo asegura a los Corintios que en medio de cualquier prueba está lleno de confianza gracias a ellos: "Estoy lleno de consuelo, reboso de gozo en todas nuestras tribulaciones" (*II Cor.* 7, 4). Poco después les dice que la plenitud de la alegría de las comunidades macedónicas le ha acarreado una gran riqueza de bondad, a pesar de su pobreza, que ha superado todo lo que él hubiera podido esperar (*II Cor.* 8, 2).

En las epístolas de San Pablo, el acento recae sobre la alegría en Dios y en Cristo, no sobre la exigencia del temor y temblor. De los Corintios y Tesalonicenses se despide con el grito de "alegraos"

(*II Cor.* 13, 11; *I Thess.* 5, 16). Alegraos en el Señor, dice a los Filipenses también (3, 1; 4,4).

Esta alegría es, por supuesto, distinta de la alegría del mundo; es fruto del Espíritu Santo, fruto del amor y bienaventuranza de Dios operante en nosotros. Quien camina en la carne no puede sentir esa alegría, pero quien está en Cristo está tan firmemente en El, que nadie puede separarle de El (*Io.* 16, 22).

Otra palabra que expresa la confianza de los cristianos es la palabra *paz*; en el Nuevo Testamento la paz significa, por regla general, un estado del mundo y no un acorde del ánimo (*Stimmung*). La paz es el estado ordenado del mundo, del universo y de las cosas dentro de él. Dios, que es Dios de la paz (*I Cor.* 14, 33), no quiere el desorden, sino el orden; el desorden y la confusión nacen del pecado. El orden del universo y de las cosas, unas con otras, significa un estado saludable, un estado de salvación. La paz tiene en el Nuevo Testamento el mismo sentido que la salvación; sólo Dios obra y puede obrar la salvación; en definitiva, la salvación significa paz y armonía con Dios. Al romper esa paz nació la desgracia, el desorden. La salud es recuperada mediante la paz con Dios. Sólo Dios puede llevar al cosmos y a la humanidad al estado de paz con El (*Rom.* 15, 33; 16, 20; *I Cor.* 14, 33; *II Cor.* 13, 11; *I Thess.* 5, 23; *I Tim.* 1, 2; *II Tim.* 1, 2). La paz es, por tanto, gracia (*I Cor.* 3; *II Cor.* 1, 2; *Gál.* 1, 3; *Eph.* 1, 2; *Phil.* 1, 2; *I Pet.* 1, 2; *II Pet.* 1, 2; *Jud.* 2). Dios ha obrado la paz por medio de Cristo, y Cristo es, por tanto, nuestra paz (*Phil.* 1, 2; *Lc.* 1, 79; 2, 14; 19, 42. 38; *Act.* 10, 36; *Eph.* 2, 14; 6, 15; *Col.* 1, 20; 3, 15; *I Pet.* 5, 1). El Evangelio de Cristo y su obra son un mensaje de paz y alegría (*Eph.* 2, 17; 6, 15; *Act.* 1, 36). Cristo mismo llama a su obra instauración de la verdadera paz (*Io.* 14, 27; 16, 33; cfr. *Mc.* 5, 34; *Lc.* 7, 50; *Io.* 20, 19; *Mt.* 10, 12).

Aunque la palabra paz significa generalmente la reconciliación del mundo con Dios, significa también *el estado de ánimo de sosiego y protección (Geborgenheit)*. Puede suponerse que tanto los lectores como los autores de las epístolas neotestamentarias de la paz que Dios instauró en Cristo, y que significa primariamente el orden del mundo, sólo eran conscientes en parte de ese sentido; al leer los textos en que San Pablo, San Pedro o San Juan hablan de la paz, se tiene la impresión de que no se refieren sólo a un hecho objetivo, sino al estado de ánimo de los lectores y del autor. Nada puede adivinarse en ellos que indique que vivían angustiosamente el contenido de esas epístolas o que aluda a su

exclusión de ese estado de paz instaurado por Cristo. De modo inefable es descrita la paz instaurada por Cristo como tranquilidad de la conciencia en la epístola a los Filipenses: “Y la paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento, guarde vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (*Phil.* 4, 7). En este texto se da testimonio de la paz de ánimo, que Dios obra por medio del Espíritu Santo (*Rom.* 14, 17) en los justos y verdaderamente regenerados por Cristo, que no puede ser turbada por los dolores y dificultades más graves y que, por tanto, siempre seguirá siendo incomprensible e inexplicable para la razón humana. Tanto la paz objetiva como la vivencia de la paz son aludidas en las palabras del Señor: “Mi paz os dejo, mi paz os doy; no como el mundo la da os la doy yo” (*Io.* 14, 27). Y un poco más adelante: “Esto os lo he dicho para que tengáis la paz en mí; en el mundo habéis de tener tribulación, pero confiad; yo he vencido al mundo” (*Io.* 16, 33).

d) La actividad fundamental del cristiano no es la angustia y terror del infierno, sino la alegría y confianza por su comunidad con Cristo. Es cierto que la paz y alegría del corazón no son caracteres indispensables de la comunidad con Dios; pueden fallar, sin que se pierda la unión con Cristo; Dios puede retirarlas y quitarlas; en ninguna ocasión aparece ese abandono tan claro como en Cristo mismo, poco tiempo antes de morir (*Mt.* 27, 46). No debe sorprendernos que el cristiano participe también en el misterio del abandono de Dios que Cristo sufrió y que tenga que pasar por noches de completa soledad. Sólo en general podemos responder a la cuestión de por qué Dios impone esa prueba; en penitencia de la maldición que es el pecado; pero nadie sabe si esa penitencia se impone por los pecados propios o por los ajenos. Cristo en su abandono y soledad expió la lejanía de Dios de los pecadores.

e) La paz y la alegría no son caracteres indispensables de la unión con Dios, ni tampoco son *signo infalible de nuestra comunidad con El*. Algunos dicen: paz, paz, y no hay paz alguna en ellos (*Jer.* 6, 14; 8, 11).

III. Signos de la unión con Cristo.

6. Hay *signos de nuestra unión y comunidad con Cristo* que no aparecen en el ámbito del ánimo, y que por eso están menos expuestos a la ilusión y autoengaño; tales signos son la sumisión a la voluntad de Dios, el temor al pecado y, sobre todo, el amor dispuesto al sacrificio (*I Io. 4, 7-21*). Los hijos de este mundo reconocerán a los cristianos en su caridad recíproca (*Io. 13, 33-35*). En ella pueden reconocer también los cristianos mismos su comunidad con Cristo. La caridad es el signo de nuestra comunidad con Cristo, amor encarnado del Padre.

7. Tampoco estos signos *son completamente evidentes*; no se puede constatar en ellos el estado de justificación, como se lee en el termómetro la temperatura. Todo el que sepa que la justificación es una nueva relación con Dios trino, no se extrañará de eso.

El amigo puede estar completamente cierto del amor de su amigo y el hijo del amor de sus padres; pero si se trata de encuadrar esa certeza en las divisiones que la metafísica o la gno-seología hacen de ella, o de expresarla en las formulaciones de esas ciencias, habrá que hablar de incertidumbre.

Tal incertidumbre no puede ser superada nunca en el ámbito de la amistad y del amor, porque pertenece esencialmente a ellos; no conduce, sin embargo, a la paralización de la vida, sino a su elevación; da al amigo ocasión continua de asegurarse el amor y confianza de su amigo mediante su amor y confianza. La incertidumbre que, en definitiva, radica en el misterio de las personas, y que es inevitable y objetiva, se convierte así en continua tarea; quien cumple esa tarea supera la incertidumbre e incluso viviendo en ella tiene certeza. Y así tiene que ser; las relaciones de los hombres no obedecen a una especie de mecanismo perfecto y acabado, sino que son un vivo movimiento enraizado y configurado por la libertad, que debe ser realización de sucesivas y continuas decisiones, si no quiere terminarse y morir.

8. Eso mismo vale de nuestra relación con Dios en la gracia. Estaremos tanto más seguros de nuestra comunidad con Dios, cuanto más nos esforcemos por amar a Dios.

La incertidumbre que llena toda relación personal no da golpe de muerte a la intimidad de esa relación, sino a otra actitud muy

distinta, contra la que Cristo luchó durante su vida con violencia: el *fariseísmo*, actitud de espíritu a la que se siente tentado el orgullo del hombre en todos los tiempos, postura en la que el hombre—según indica Cristo en la parábola del fariseo y del publicano—se tiene a sí mismo por justo con increíble presunción y tiene a los demás por pecadores (*Lc.* 18, 9-14). Si pretendiéramos tener perfecta seguridad de nuestra salvación, nos faltaría el aguijón de la humildad, que nos hace implorar continuamente la misericordia de Dios; existiría el peligro de que el hombre, satisfecho y tranquilo, creyera poseer a Dios como un objeto de su casa y poder disponer de El como de un útil; Dios sería así puesto al servicio del hombre, de su comodidad y bienestar.

Tal peligro se recrudecería, si en la vivencia de Dios se viera una garantía de su presencia; el acento iría declinando más y más hacia la vivencia, hasta convertirla en lo decisivo. La extrema exageración de esa actitud es el buscar y valorar esa vivencia y no darse cuenta ni parar mientes en Dios, llegando hasta a negar su realidad personal, como ha ocurrido en ciertas formas de la filosofía de la religión (religión sin Dios).

La vida cristiana transcurre, por tanto, en la tensión de certeza e incertidumbre, proximidad y lejanía, temor y amor. El temor previene al amor del descuido y de la impertinencia; el amor hace que el temor no se convierta en pusilanimidad y desesperación. El temor no se refiere, por consiguiente, tanto a Dios, cuya misericordia es infinita, cuanto a la debilidad del propio corazón, que puede cerrarse ante Dios.